

RECONSIDERANDO LAS METÁFORAS DE LA VIDA COTIDIANA

Nicolás Alejandro Serrano / Universidad de Buenos Aires

A la hora de explicar la constitución de nuestro sistema conceptual, los autores George Lakoff y Mark Johnson introducen, en su libro *Metáforas de la vida cotidiana*, las nociones de “concepto metafórico” y “concepto emergente”. Un concepto será emergente si la mera exposición del sujeto al “ámbito de experiencia” relacionado con dicho concepto es suficiente (en virtud de la claridad de dicho ámbito) para garantizar su posesión.

Por otro lado, los conceptos metafóricos racionalizarían ámbitos de experiencia más confusos por medio de la vinculación de sus correspondientes conceptos con otros conceptos más claros; con el propósito de permitirnos tareas tales como la cuantificación y la referencia. Los conceptos metafóricos (y, de entre ellos, particularmente las llamadas “metáforas estructurales”) tendrían, además, un doble efecto de iluminación y ocultamiento, realizando parcialmente la relevancia de los aspectos que el concepto siendo aclarado posee en común con el otro y restándole relevancia a los aspectos en los que más diverge con este.

Ejemplos de conceptos emergentes serían los conceptos de objetos (tales como PISTOLA y CAFETERA), los de actividades y acontecimientos (como GUERRA) y los orientacionales (tales como ARRIBA y ADELANTE). Por otro lado, serían metafóricos conceptos tales como UNA DISCUSIÓN ES UNA GUERRA y EL AMOR ES UN VIAJE; donde el “es” no debe entenderse como estableciendo una relación de identidad lógica, o de subcategorización ontológica, entre los conceptos sino como la abreviatura de una determinada “base experiencial” en la cual pueden establecerse correlaciones sistemáticas entre los ámbitos de experiencia de los conceptos siendo relacionados. Por ejemplo, el “es” de FELIZ ES ARRIBA podría referir al hecho de que cuando nos encontramos felices *también* solemos estar erguidos, permitiéndonos establecer una correlación entre el sentimiento de felicidad y una determinada percepción propioceptiva de la verticalidad.

Los autores definen la noción de “base experiencial” como una suerte de gestalt en la cual, si bien uno puede distinguir partes, el todo nos es más básico que sus partes componentes. Esto significa que cuando los autores afirman que los conceptos emergentes (y, por ende, sus ámbitos de experiencia asociados) son “básicos”, no debe entenderse que sean primitivos al estilo de las teorías axiomáticas, ya que sus bases experienciales son plausibles

de división y análisis en virtud de sus partes o rasgos “interaccionales”. Por ejemplo, en el caso de los ámbitos experienciales de los conceptos relevantes para la categorización estas propiedades son divididas en: propiedades perceptivas, funcionales, de actividad motora e interaccionales.

Del mismo modo, es importante resaltar que dos ámbitos de experiencia pueden ser igual de básicos pero no igual de *claros*, teniendo por consecuencia que solo uno de ellos da lugar a conceptos emergentes (como es el caso de la orientación y la emocionalidad, donde los autores consideran la primera como un ámbito de experiencia más claro que la segunda, pero igual de básico y donde, asimismo, solo la primera da lugar a conceptos emergentes).

I. Críticas: sobre “claridad” y parsimonia.

En este trabajo me ocuparé, en primer lugar, de analizar dos nociones que considero claves en la teoría expresada en *Metáforas de la Vida Cotidiana*: la de *emergencia* y la de *claridad*. Lamentablemente, me ocuparé de ellas porque considero que no hay en el libro una definición satisfactoria de estos dos conceptos y que el manejo que de ellos se hace acarrea problemas insalvables para la interesante teoría formulada por los autores.

Es mi personal creencia que a lo largo de su texto, los autores adscriben implícitamente a los siguientes principios no-formulados:

P1: Lo “poco claro” se explica en base a lo “claramente delineado”.

P2: Lo no-físico se explica en base a lo físico.

Encuentro sustento para realizar esta afirmación, por ejemplo, en la siguiente cita respecto al funcionamiento de los conceptos metafóricos:

Lo que afirmamos, acerca de los fundamentos de las metáforas, es que nosotros conceptualizamos característicamente lo que no es físico en términos de lo físico –es decir, conceptualizamos lo menos claramente delineado en términos de lo más claramente delineado (Lakoff y Johnson, 2001:99)

Asimismo, a la hora de analizar la relación entre los conceptos que forman parte de una metáfora los autores afirman que:

Las metáforas estructurales nos permiten mucho más que orientar conceptos, referirnos a ellos, cuantificarlos, etc., como ocurre con las metáforas simplemente orientacionales y ontológicas; nos permiten además utilizar un concepto muy estructurado y *claramente* delineado para estructurar otro. (Lakoff y Johnson, 2001:101)

El problema que personalmente le encuentro a estos principios es que los autores no brindan en ningún momento un *criterio* que nos permita evaluar la claridad conceptual.

Uno podría sentirse tentado a considerar que dicho criterio es “mientras más físico, entonces es más claro” para lo cual sería necesario definir de una manera interesante que entendemos por “físico”. El problema con adoptar este criterio es que encuentro imposible dar una caracterización de lo físico que abarque los ámbitos de experiencia que los autores usan para ejemplificar la claridad (aquellos relacionados con los conceptos de LA ORIENTACIÓN FÍSICA, OBJETOS, SUSTANCIA, VER, VIAJE, GUERRA, LOCURA, COMIDA, EDIFICIO) y que al mismo tiempo *excluya* los ejemplos que los autores dan de ámbitos de experiencia poco claros (los relacionados con AMOR, TIEMPO, IDEAS, ENTENDER, ARGUMENTOS (/DISCUSIONES), TRABAJO, FELICIDAD, SALUD, CONTROL, STATUS, MORALIDAD)¹. Lo primero que notamos al intentar esta táctica es que los ejemplos de ámbitos y conceptos poco claros suelen tener una fuerte impronta psicológico-sentimental (tales como en IDEAS, FELICIDAD, AMOR, ENTENDER) o cultural (como en MORALIDAD y STATUS). Lamentablemente, no podemos definir lo físico como aquello independiente de la influencia cultural pues los autores explícitamente asumen que toda experiencia humana está definida en buena medida por la cultura en la que acontece. Por otro lado, conceptos que son tanto paradigmáticamente físicos como claros para los autores, tales como LA ORIENTACION FÍSICA, no son compartidos a lo largo de todas las culturas: por poner un ejemplo, allí donde nosotros manejamos nuestra orientación espacial cotidiana en a base a coordenadas relativas como *derecha* y *adelante*, existen culturas que lo hacen con coordenadas constantes, similares a nuestros puntos cardinales². En este sentido, ejemplos paradigmáticos de nociones físicas parecieran ser radicalmente diferentes a lo largo de varias culturas, por lo cual no podríamos definir lo físico por oposición a lo cultural. Por otro lado, definir lo físico en oposición a lo psicológico y lo claro en términos de lo físico tampoco funcionaría, pues conceptos tales como LOCURA son ejemplos de conceptos claros (y bajo esta línea interpretativa, por ende físicos) y, sin embargo, son claramente psicológicos. Pareciera, entonces, que no podemos simplemente identificar las nociones de claridad y fisicalidad que los autores están manejando. P1 y P2 deben ser, tal como los expusimos, lógicamente independientes.

Otra posibilidad sería intentar determinar la claridad de un concepto en base a nuestras intuiciones sobre este. Pero esta estrategia, además de considerablemente inocente, es vedada

¹ Los ejemplos están extraídos de *Metáforas de la Vida Cotidiana, Cátedra*, página 159

² Este ejemplo refiere puntualmente a los Guugu Yimithirr australianos y puede leerse sobre el en *Space in language and cognition* de Stephen C. Levinson.

por los mismísimos autores al resaltar que muchos de nuestros conceptos metafóricos están tan naturalizados y fuertemente integrados en nuestro sistema conceptual que simplemente no los percibimos como metáforas. Este es, para ellos, el caso de UNA DISCUSION ES UN GUERRA. Esto es lo mismo que decir que tenemos fuertes y erróneas intuiciones sobre el estatus de muchos de nuestros conceptos.

Una tercera posibilidad de elucidar la noción de claridad sería identificarla con la de *emergencia*. Esto, sin embargo, únicamente nos llevará a la segunda crítica de este trabajo, fundada en la dificultad de dar cuenta del rol explicativo que la noción de emergencia juega en el aparato teórico de los autores.

La noción de emergencia es introducida en el capítulo 12 del libro en un intento por dar cuenta de un fundamento no-metafórico para el sistema conceptual. En este sentido, emergente se opone, al menos en un primer momento, a la noción de metafórico. Esta oposición es, sin embargo, rápidamente matizada al comenzar a hablar de conceptos que son tanto metafóricos *como* emergentes (tales como FELIZ ES ARRIBA) y más aún cuando comienza a hablarse de conceptos con un núcleo emergente y un desarrollo metafórico (tales como el de CAUSACION). Llegado este punto, la noción de emergencia no puede oponerse a la noción de metaforicidad a secas. Tampoco podemos caracterizar los conceptos o metáforas emergentes simplemente como aquellas que surgen al encontrarnos en determinados ámbitos de experiencia: *todo* concepto, sea metafórico o no, “más” físico o “más” cultural, debería surgir en determinado ámbito de experiencia. ¿De qué otro modo podríamos adquirirlo? Incluso conceptos altamente abstractos y teóricos tales como SPIN DEL NEUTRÓN parecen adquirirse solo por exposición a determinados tipos de experiencias (tales como determinados experimentos, una clase, o la lectura de un libro sobre mecánica cuántica). La única alternativa disponible a la emergencia en estos términos es el innatismo y la constante apelación a las bases experienciales como fundamento de los conceptos pareciera indicar que esta *no* es la vía que los autores quieren transitar. Considero que la única forma plausible de comprender la noción de concepto emergente en este texto es como “concepto que, en pos de su claridad, no necesita participar en ningún concepto metafórico para ser explicado”. Esto pareciera responder a la pregunta que los autores plantean al comienzo del capítulo 12 y que precisamente buscarán responder con los conceptos emergentes: “¿Existe algún concepto que entendamos directamente, sin metáforas?” (Lakoff y Johnson, 2001: 96) pero presenta, sin embargo, varios problemas nuevos. Para comenzar, no parece servir para entender que quieren decir los autores con “conceptos metafóricos emergentes” (es decir, ¿qué diferencia hay, si la hay, entre un concepto metafórico y un concepto metafórico *emergente*? Y, si no la

hay, ¿qué beneficio teórico nos aporta aplicar esta categoría en este tipo de casos?). Pero lo que parece aún más grave es el problema de caracterizar efectivamente *qué* conceptos serían los emergentes. En el texto, los autores apelan (como le he reflejado en mi caracterización) a la claridad de un concepto para determinarlo como emergente. Pero esto torna a la noción de emergencia como inútil para nuestro intento de elucidar la noción de claridad. Lo que es aún peor, pareciera que la emergencia no solo no explica la noción de claridad, sino que la presupone. El motivo por el que conceptos como ARRIBA son emergentes pero otros como FELIZ no (siendo sus respectivos ámbitos de experiencia igual de básicos) es porque uno es más claro que el otro.

Personalmente creo que lo que debemos extraer de todo esto es que no tenemos un criterio mediante el cual evaluar la claridad de un determinado concepto y que, por lo tanto, los conceptos metafóricos no pueden explicar conceptos poco claros por analogía a conceptos claros. Más bien, parecen limitarse a tan solo *vincular* dos conceptos determinados, realzando la relevancia de sus propiedades comunes y disminuyendo la relevancia de sus propiedades divergentes; más allá de la supuesta claridad o falta de claridad de estos. Asimismo, sin un criterio de claridad y en tanto *todo* concepto parece surgir de determinado ámbito de experiencia, no pareciera haber forma de restringir cuales conceptos son emergentes (lo cual, obviamente, no cancela la posibilidad de investigar de *qué* ámbitos de experiencia surge cada concepto, o el que los conceptos metafóricos nos ayuden a manejarnos en la vida cotidiana).

Llamemos a estas la **crítica de la falta de criterio (CFC)** y la **crítica de parsimonia (CP)**.

CFC: Carecemos de un criterio para evaluar el grado de “claridad”, ya sea que se trate de conceptos como de los ámbitos de experiencia.

CP: La noción técnica de “emergencia” no hace ningún aporte teórico a esta teoría.

II. Propuestas – Principio temporal y autonomía.

En el caso de CP, podemos simplemente eliminar la noción de concepto emergente y reemplazarla por la de “concepto *autónomo*”. Un concepto autónomo será aquel que, dentro del sistema conceptual del sujeto, no participe de ningún concepto metafórico bajo el rol de *definiendum*. Dentro del libro, ARRIBA sería un ejemplo de concepto autónomo mientras que FELIZ no: en tanto es el *definiendum* de FELIZ ES ARRIBA. El nombre “autónomo” no pretende significar que dicho concepto es un primitivo indescomponible, sino únicamente que no necesita ser estructurado por medio de conceptos metafóricos. En este punto es importante resaltar que el entender, junto a los autores, los conceptos como prototipos no nos compromete a aceptar su participación en conceptos metafóricos que los vinculen con cada

uno de los conceptos que representan sus propiedades prototípicas. Mientras las propiedades prototípicas marcan tendencias estadísticas en operaciones como la categorización, los conceptos metafóricos implican tendencias en la conducta verbal y física, así como el ocultamiento de determinadas propiedades prototípicas. Estas diferencias nos permiten decir que un concepto es autónomo, descomponible y prototípico.

La principal diferencia entre mis conceptos autónomos y la caracterización más prometedora de los conceptos emergentes dada previamente sería que, en primer lugar, la autonomía de un determinado concepto sería determinada en base a contingencias histórico-culturales, en segundo lugar que no existiría nada parecido a “conceptos metafóricos autónomos” y, en tercero, que no apela a la noción de claridad para explicar la de autonomía.

Respecto a CFC, propongo que abandonemos el principio P1 y lo reemplacemos por P3:

P3: Los nuevos conceptos/experiencias se explican en base a los ya poseídos/vividos. Es interesante resaltar que P3 apoya muchas de las intuiciones de los autores. Para comenzar, P3 es completamente compatible con P2 y hasta podría ser una explicación más clara para apoyarlo: pues es altamente probable que nuestras primeras experiencias (y, por ende, nuestros primeros conceptos) sean de índole “más” física que cultural, fundamentando cierta tendencia a explicar lo no-físico en términos de lo físico³. Por otro lado, y por fuera de las pretensiones iniciales de los autores, P3 da por resultado una teoría más flexible: pues si bien no nos obliga a aceptar ningún tipo de innatismo, sí nos da un modo de integrarla perfectamente en la teoría en caso de que fuese necesario. Esto es: en caso de vernos obligados (por ejemplo, debido a abrumadora evidencia aportada por nuevos experimentos) a aceptar la existencia de conceptos innatos; una teoría con P3 podría asignarles, sin hacer modificación alguna, un rol explicativo como fundamentos del resto del sistema conceptual; allí donde una teoría que sostuviese P1 se encontraría con problemas para determinar un criterio no arbitrario de claridad y con el problema de determinar si dichos conceptos innatos lo satisfacen.

Por otro lado, P3 se me presenta como un principio altamente intuitivo y difícil de refutar. Pero además, este nuevo principio podría impactar favorablemente otros aspectos de la teoría.

³ Es importante resaltar que mis intenciones en este apartado son las de destacar una mera *compatibilidad* entre P3 y P2 y *no* expresar mi aprobación y adopción del segundo principio. Si bien considero que P2 puede estar apoyado en fuertes intuiciones pre-filosóficas, sin una definición precisa de “físico” su evaluación deberá quedar pendiente hasta futuros trabajos.

III. Metáforas culturales, relevancia prototípica y categorización.

Los autores experimentan, en determinadas partes de sus trabajos, problemas para explicar cómo es que nos manejamos con conceptos tales como LA DISCUSION ES UNA GUERRA si carecemos de las bases experienciales necesarias para que el concepto de GUERRA (o el de CONFLICTO FÍSICO) emerjan⁴. Su respuesta a esta tensión termina implicando la inscripción de las metáforas directamente en la cultura de los individuos, y la determinación de las experiencias en virtud de la cultura imperante. Así, uno vivenciaría las discusiones como guerras (incluso si nunca ha estado en una) por el solo hecho de vivir en una determinada cultura. Pero esto parece implicar que los conceptos metafóricos surgen de una mera situación contingente, cultural pero no arbitraria, que no solo *no* elucidaría conceptos sobre la base de misteriosos criterios de claridad sino que tampoco presupondría la posesión de los conceptos en cuestión. Un niño que discute simplemente no tiene en su repertorio las herramientas necesarias para la posesión del concepto metafórico LA DISCUSIÓN ES UNA GUERRA, incluso si su concepto de DISCUSION surge de una base experiencial que está culturalmente planteada de un modo que presente una serie de similaridades sistemáticas con las guerras.

Propongo postular la noción de “*metáfora cultural*” para dar una explicación más precisa de este tipo de acontecimientos. Entiendo por “metáfora cultural” una tendencia imperante en una determinada cultura a producir en los individuos que en ella viven la adquisición de un determinado concepto metafórico estructural; mediante la previa determinación (por usos y costumbres) de los *ámbitos de experiencia* ligados a los conceptos que participan del susodicho concepto metafórico. Es decir: las metáforas culturales pretenden reflejar el modo en que las culturas determinan nuestras formas de interactuar con el mundo y, en consecuencia, el modo en que dicha interacción se refleja en nuestro sistema conceptual. Con una noción como esta *sí* podemos afirmar que un niño experimenta las discusiones como guerras, sin la necesidad de adjudicarle el concepto UNA DISCUSIÓN ES UNA GUERRA, en tanto serán los ámbitos de experiencia relevantes (los relacionados con las discusiones) aquellos determinados por la metáfora cultural y *no* el sistema conceptual del niño. Pero, por otro lado, esta misma noción nos permite predecir que dicho niño, tras vivir el tiempo

⁴“Aunque uno nunca haya luchado a puñetazos en toda su vida, y mucho menos haya tomado parte en una guerra, el hecho es que ha estado discutiendo desde el momento en que empezó a hablar, y así concibe las discusiones y las desarrolla de acuerdo con la metáfora LA DISCUSIÓN ES UNA GUERRA, porque la metáfora se construye dentro del sistema conceptual de la cultura en que uno vive.” (Lakoff y Johnson, 2001:104)

suficiente en dicha cultura y relacionarse con los conceptos de GUERRA y DISCUSION, terminará por incluir UNA DISCUSIÓN ES UNA GUERRA en su sistema conceptual y que lo hará en base a las correlaciones entre dichos ámbitos de experiencia que la metáfora cultural fundamenta (solucionando de este modo mi objeción hacia los autores).

Además las “metáforas culturales” son completamente compatibles con P3, en tanto la experiencia es (al menos en el marco de esta teoría) previa a su conceptualización. Más importante aún: si hemos abandonado P1 en virtud de P3, las metáforas culturales adquirirían una mayor flexibilidad, en tanto surgirían por contingencias históricas. También resultarían más útiles al permitirnos explicar diferencias culturales en una variedad de operaciones cognitivas. Puntualmente, serían excelentes para explicar diferencias en la *categorización*.

He mencionado el doble efecto de iluminación y ocultamiento que los autores atribuyen a las metáforas estructurales, así como he hablado de las propiedades o rasgos interaccionales de los ámbitos de experiencia. Propongo ahora combinar estas nociones, junto con la teoría de prototipos de Rosch, para afirmar que las propiedades interaccionales de los diferentes ámbitos de experiencia se encuentran jerarquizadas en base a su relevancia prototípica. Es decir que, en tanto la pertenencia a una determinada categoría se funda, según Lakoff y Johnson, en la similitud entre las propiedades interaccionales de un determinado objeto o evento para con las de la categoría en cuestión; propongo que algunas de esas similitudes son más significativas que otras, así como que dichas jerarquías de relevancias están culturalmente fundadas y son contingentes.

Hechas estas aclaraciones podemos decir que las nociones de “iluminación” y “ocultamiento” implican (además de lo mencionado por los autores) un respectivo incremento o reducción de la relevancia prototípica de las propiedades interaccionales del concepto siendo definido para ajustarse a la jerarquía de relevancias del concepto que lo define. Luego, si combinamos estas ideas con la noción de metáfora cultural, podemos establecer un *modelo explicativo*, simple y preciso, de cómo la cultura determina la relevancia prototípica de determinadas propiedades interaccionales y el modo en que ello impacta en nuestra experiencia subjetiva, dándonos un marco teórico para plantear cuestionamientos éticos sobre el impacto que dichas metáforas culturales pueden tener en nuestra vida cotidiana y sobre las ventajas y desventajas subjetivas que implican su respectiva adopción o abandono.

Quisiese concluir ilustrando esta idea recordando un fragmento de la novela gráfica *El Eternauta*. Cuando, a mitad de la obra, los protagonistas humanos pueden ver de cerca la muerte de un alienígena “Mano”, no pueden evitar sorprenderse ante el nivel de atención que éste le presta a las características estéticas de los utensilios más mundanos (como cafeteras u

ollas). Podemos ahora interpretar este tipo de diferencias diciendo que allí donde nosotros poseemos la metáfora cultural UN ARTEFACTO ES UNA HERRAMIENTA, el alienígena poseería UN ARTEFACTO ES UNA OBRA ARTE. Luego, nuestra metáfora incrementaría la relevancia prototípica de las propiedades *funcionales* de los artefactos, donde la de el alienígena haría lo mismo con las propiedades *perceptuales* de éstos.

Bibliografía

Lakoff, G., Johnson, M. (1980). *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.

Lakoff, G., Johnson, M. (1999). *Philosophy in the Flesh*. New York: Basic Books.

Levinson, S. (2003). *Space in language and cognition: explorations in cognitive diversity*.
Cambridge. Cambridge: Cambridge University Press.